

## La última erupción del volcán Calbuco

(Relato de un excursionista)

---

Hablando con toda propiedad no se puede casi decir que el Volcán Calbuco situado a las márgenes del Lago Llanquihue en la provincia de este nombre, se haya conmovido en mayo del corriente año con los efectos de una inusitada erupción. En realidad de cosas, el volcán no ha cesado de estar en actividad desde hace muchos lustros. En los esplendentes amaneceres, cuando luce su limpidez la atmósfera lavada por las recientes lluvias, el ojo avizor de los habitantes de la comarca ha podido muchas veces descubrir una delgada columna de humo, casi inaparente contra el azul del cielo, elevándose de la cumbre de la montaña.

Todos los que se han preocupado del fenómeno están de acuerdo en afirmar que el volcán no ha tenido un momento de reposo.

Una erupción que persiste en la memoria de los que estuvieron en situación de observarla, como un recuerdo vivo, imborrable, es la de el año 1893.

Sobre ella nos dieron detalles precisos en nuestra última excursión al sitio del suceso.

A las nueve de la mañana del día memorable se obscureció de pronto la atmósfera de tal manera que uno no se veía las manos. La tiniebla espesa de ceniza y arenilla duró hasta las doce del día hora en que brilló de nuevo el sol. La gente estaba horrorizada: creían que era el fin del mundo.

La avalancha de ceniza ardiente y de piedrecillas arrojadas desde el interior del cráter descendió por la pendiente de la montaña que cae hacia el Lago de Llanquihue. La selva fué arrasada en una franja de tres leguas de largo por media de ancho.

---

(\*) Trabajo a que se refiere la *Crónica*, pág. 68 del pte. año de esta «*Revista*». (Nota de la Red.)

En aquella ocasión la nube de polvo volcánico llegó más allá de la ciudad de Valdivia cubriendo una región de un diámetro de doscientos kilómetros.

---

El día 28 de abril partimos en un vaporcito de Puerto Varas en dirección a un desembarcadero situado en el otro extremo del lago. Llevábamos intenciones de ascender hasta donde nos fuera posible por las faldas del volcán. Queríamos observar de cerca el espectáculo de esa erupción que había empezado algunos días atrás y que tenía preocupado al país entero.

A las once del día bajábamos a tierra en un punto de la ribera llamado «Ensenada», y minutos después emprendíamos la marcha en dirección al cráter.

Eramos seis los de la partida: nos habíamos buscado buenos caballos y un «vaqueano» de la comarca nos acompañaba.

Una hora empleamos en cruzar el retazo de selva que une a la ribera del lago con la base de la montaña. El camino era ancho y plano y estaba marcado por una franja de bosque quemado. Toda vegetación menuda había desaparecido y los troncos desnudos, enhiestos, negruscos, se alzaban como índices fantásticos apuntando al cielo.

Después salimos a un campo despejado, que ascendía en suave pendiente, ensanchándose en una sábana de terreno desierto cubierto de piedras, arenilla y pequeñas malezas. Una capa de ceniza volcánica impalpable lo amortajaba todo. La selva de las inmediaciones, la montaña que se alzaba al frente, el campo yermo, el panorama entero, se fundía en una gama gris, plomiza, sucia, que le daba a las cosas un aire de vestutez y de muerte.

Un angosto torrente corría por la orilla de la planicie, socavando la falda de los cerros. De las aguas ascendían

vapores blanquecinos, y en la arena caliente de los bordes se abrían pequeños cráteres, rodeados de una aureola de azufre.

Frente a nosotros el Calbuco erguía su mole granítica pesadamente. La cima se borraba envuelta en nubes espesas.

Seguimos avanzando: junto a una pequeña laguna, formada por una desviación del torrente, echamos pié a tierra.

Las aguas hervían con un rumor apagado y continuo. Vapores sulfurosos se escapaban por los resquicios de las rocas y una nube de gases se extendía sobre las aguas y las peñas en una oxilación fantástica. Bajo nuestras plantas, el piso blando y caliente temblaba como si fuerzas reprimidas quisiesen salir a la superficie.

En las cenizas que llenaban las depresiones se abrían orificios de escaso diámetro por donde respiraba la tierra un aire ardiente. Como la temperatura era insoportable tuvimos que volver pronto a nuestros caballos y retirarnos de la orilla de la vertiente.

La vegetación se hacía cada vez más escasa. Restos de arbustos quemados por el polvo volcánico y hierbajos de color de greda crecían entre las piedras del suelo. A un costado corría el torrente humeante como un largo reguero de vapor, al otro lado se extendía la selva chamuscada y gris, y al frente la masa riscalosa del Calbuco.

—«Por aquí pasó la avalancha en la erupción del 93, declaró el guía, y hasta ahora no ha vuelto a crecer un árbol».

Mas adelante agregó de improviso deteniendo su pequeño caballo:

—«Sería bueno volver atrás ya. A la vuelta de esa puntilla no hay sino arena caliente y cenizas fofas. Es peligroso seguir andando».

Nos detuvimos. A nuestro costado y a media cuadra se alzaba una meseta. Resolvimos remontarla. La subida era corta, pero tan pendiente, que fué preciso bajarse y llevar los caballos de la brida.

Ya arriba, avanzamos otras cinco cuadras entre arbustos espinudos y agazapados, que dejaban caer una lluvia de cenizas cuando pasábamos removiendo sus follajes.

La meseta moría en un corte a pique sobre el torrente. Este se ensanchaba en un campo de arena humeante y amarillosa salpicada de innumerables erupciones de azufre.

Al otro lado se alzaba el enorme cono riscoso, en cuya cima se perdía el cráter del Calbuco, envuelto en nubes pesadas.

Por las faldas del volcán, grandes rodados de piedrecillas y arenas mostraban el paso seguido por las olas de cenizas encendidas. Eran anchas estriás, surcos lisos que acepillaban las rocas desde la cumbre hasta la base de la montaña, de donde nacía el pequeño río.

El panorama era de una desolación impresionante. Una fuerza devastadora, todopoderosa, se había enseñoreado de aquel pedazo del mundo. Uno se sentía transportado a las épocas remotas, cuando los elementos que ahora forman el globo tuvieron su gestación trabajosa.

Aquello era como un inmenso laboratorio en el que el fuego deformaba a las rocas y en el que la tierra y las aguas se disgregaban y rehacían en una transformación infinita.

Arriba coronando el espectáculo la chimenea del volcán arrojaba borbotones de gases y cenizas que iban a derramarse hacia la vertiente opuesta a aquella en que nosotros nos encontrábamos.

A las 5 de la tarde emprendimos el regreso a la ribera.

Cuando estuvimos ya todos reunidos a bordo y miramos hacia el Calbuco un espectáculo soberbio se ofreció a nuestros ojos: la columna de humo del cráter se elevaba al cielo en espesas espirales encendidas por un reflejo de hoguera. A lo largo de la empinada falda corrían listas de fuego que se apagaban para reaparecer en otro sitio de la montaña; eran gases escapados por las grietas laterales que se incendiaban.

A las ocho y media de la noche el pequeño vaporcito enderezó su proa hacia Puerto Varas. Después de tres horas de navegación, bajo una hermosa luna y sobre el lago en calma, estuvimos de regreso en nuestra base de operaciones.

EDUARDO MOORE MONTERO.

Santiago, Julio 31 de 1917.

